

# ¿Cuántas terceras vías puede haber?

Adam Przeworski

## INTRODUCCIÓN

¿Significa alguna diferencia la socialdemocracia? Apenas es natural esperar que, en la mayoría de las ocasiones, no sea así. Una vez que alguna política en particular ha sido probada, la mayoría de los partidos seguirá ofreciéndola y poniéndola en práctica, independientemente de su inclinación ideológica. La verdadera cuestión consiste en saber de quién es la política: ¿quién dirige y quién la sigue?

Durante los últimos cien años los socialdemócratas han descubierto reiteradamente varias “terceras vías”. Cada una de las nuevas vías tuvo su origen en la afirmación de que la socialdemocracia enfrentaba nuevas condiciones, y cada nueva estrategia se describía como la mejor, dadas las nuevas restricciones y oportunidades. Varias de las nuevas estrategias abrieron nuevos caminos en lo ideológico y eran ingeniosas en la práctica; pero las terceras vías no llevan al mejor lugar. Los socialdemócratas buscaron nuevas vías no únicamente porque hubiesen creído que las antiguas no los acercarían a sus objetivos, sino también porque se descubrió que algunos de esos objetivos no eran factibles, debido a las restricciones, y que algunos ya no eran atractivos por otras razones, a menudo electorales. Sea cual fuere la razón, a medida que inventaban nuevas estrategias abandonaban algunos objetivos, el más prominente de los cuales es algo que solía denominarse “socialismo”.

---

Una versión de este texto apareció como capítulo de conclusiones en Andrew Glyn, *Social democracy in neoliberal times: the left and economic policy science, 1980*, Network, Oxford University Press, Nueva York, 2001. Traducción del inglés: Mario A. Zamudio Vega.

---

En consecuencia, no se pueden juzgar los logros y fracasos de los socialdemócratas únicamente a través de sus propios objetivos históricos, pero si no se hace a través de sus propios objetivos, ¿de qué otra manera se pueden evaluar los resultados de los socialdemócratas? Una de ellas, consiste en examinar sus resultados recientes en el poder y compararlos con los de sus oponentes. Es una manera razonable de evaluarlos: en cuanto votante, quiero utilizar mi voto para elegir el gobierno que más probablemente evitará la guerra, aumentará los ingresos, controlará la inflación, reducirá el desempleo, mantendrá seguras las calles, protegerá la salud, educará a los niños, ganará la copa mundial y, por lo demás, verá por mi familia; por lo tanto, quiero saber si los socialdemócratas son mejores en el logro de esos objetivos que sus oponentes electorales.

Con este criterio, se supone que los objetivos y las políticas de cualquier gobierno son independientes de los de otros gobiernos; no obstante, el gobierno burgués recientemente electo puede poner en práctica las mismas políticas que su antecesor socialdemócrata, o viceversa; por ejemplo, entre 1968 y 1971, según Iversen, el gobierno de centroderecha danés se embarcó “en una ambiciosa política de gastos e impuestos” que eclipsó todo lo que los socialdemócratas habían hecho en el pasado”; por su parte, el gobierno laborista de Anthony Blair adoptó las políticas de sus antecesores conservadores.<sup>1</sup> En cada uno de esos casos, dos gobiernos sucesivos difirieron poco en sus políticas, pero las políticas eran muy diferentes: en el caso danés, los gobiernos burgueses buscaban poner en práctica políticas socialdemócratas, mientras que en el caso británico el gobierno laborista sigue políticas neoliberales.<sup>2</sup> En ambos casos, supeestamente, el segundo gobierno estaba persuadido de que las políticas del

---

<sup>1</sup> Según Giddens (1998, p. ix), al enfrentar la revolución de Margaret Thatcher, “el Partido Laborista y sus simpatizantes intelectuales respondieron ampliamente, en primer lugar, mediante la reafirmación de los viejos puntos de vista de la izquierda; no obstante, los reveses electorales que sufrió el partido por hacerlo estimularon necesariamente una nueva orientación”. José María Aznar, el primer ministro derechista de España, afirmó que la declaración Blair-Schroeder del 9 de junio de 1999 se extrajo de una carta que él envió a Blair (*El País*, Madrid, 12 de junio de 1999).

<sup>2</sup> Obsérvese que también puede ocurrir que un gobierno socialdemócrata ponga en práctica políticas derechistas aplicadas por uno burgués. Según Quiggin, “el cambio a la derecha [adoptado por los gobiernos conservadores de Australia] es simplemente una extensión de las políticas iniciadas por los gobiernos laboristas en el decenio de 1980”, aun cuando a su vez hayan sido iniciadas por Margaret Thatcher en Gran Bretaña.

primero eran exitosas, al menos en el sentido de que a los votantes les gustarían esas políticas o sus resultados.

Si es cierto que “la prueba última de un movimiento político es su capacidad para imponer sus propias preferencias a la mayoría del electorado”, entonces sí significa una diferencia el que un gobierno logre que otros sigan sus políticas, aun cuando sea derrotado.

Por lo tanto, no es posible interpretar las diferencias debidas al control partidario exclusivamente a partir de la comparación entre las políticas y los resultados de los socialdemócratas y los de los gobiernos burgueses durante un periodo en particular. Para identificar la diferencia que pueda deberse a la socialdemocracia, es necesario descomponer las tendencias de las políticas en dos aspectos: los cambios de los “regímenes normativos” en el tiempo y las diferencias entre los partidos socialdemócratas y burgueses en cada ocasión, pues supóngase que, en cierto momento, los socialdemócratas y sus oponentes ponen en práctica exactamente las mismas políticas; la cuestión sigue consistiendo en saber de quién son las políticas. Lo que importa es quién establece el tono, quién define los objetivos, quién tiene teorías más persuasivas, quién presenta mejores ejemplos para demostrar, quién puede reducir la libertad de maniobra para el oponente.

Así, la historia de las políticas puede tener la siguiente dinámica: un gobierno llega al poder, introduce una importante innovación política y elabora una historia sobre el secreto de su éxito. El partido de oposición hace campaña en las elecciones criticando al partido en el poder, pero todo el mundo sabe que, si resulta electo, el nuevo gobierno seguirá la misma política. La diferencia entre los dos partidos es tan pequeña que los votantes basan sus decisiones en aspectos accidentales –un escándalo, las personalidades, un debate televisado–, en una ocasión, el partido en el poder pierde. El partido victorioso pone en práctica las políticas de su predecesor; el control partidista se alterna sin que las políticas cambien, hasta que, en algún momento, alguien, la derecha o la izquierda, introduce una innovación política importante, la política es exitosa y el ciclo se repite. Evidentemente, no todas las innovaciones políticas importantes son exitosas; algunas tienen como resultado un rotundo fracaso. Si este modelo es correcto, el aprendizaje bayesiano debe impulsar el proceso políti-

co.<sup>3</sup> Sin duda alguna, el aprendizaje bayesiano no puede explicar la forma en particular de las innovaciones políticas, las cuales se basan ya sea en planes o en instituciones poderosas, pero una vez que se pone en práctica una política y sus efectos se hacen evidentes, otros gobiernos, ya sea del mismo país o de otros, actualizan sus creencias respecto de la eficacia relativa de las diferentes políticas y finalmente abandonan las que han fracasado y buscan implantar las que son exitosas. No estoy afirmando que tal ajuste sea instantáneo; Lordon hace notar que mientras “la *deflación competitiva* se presenta como el resultado de un doloroso proceso de aprendizaje impuesto por restricciones externas..., el poder público tardó casi diez años en reconocer esa contradicción y tomar en cuenta la transformación radical del régimen normativo económico”; pero, tarde o temprano, aprenden, como lo expresa Stiglitz (1999a p. xx): “Todos somos bayesianos”.

En consecuencia, debemos observar los equilibrios temporales en los que las políticas son similares, independientemente de quién esté en el poder, marcados por las innovaciones políticas importantes que temporalmente distinguen a los partidos y seguidos nuevamente por la convergencia en un nuevo equilibrio en el que no existe diferencia entre las políticas. Me referiré a esos equilibrios en los que las políticas difieren poco entre un partido y otro como “régimenes normativos”.

Si bien es cierto que un modelo como el propuesto se podría probar empíricamente, un análisis estadístico no arrojaría luz sobre la cuestión que me parece la más interesante, a saber: la evolución cualitativa de los régimenes normativos dominantes y sus efectos en la socialdemocracia. Consecuentemente, adoptaré otro camino: quiero saber qué objetivos, valores y políticas fueron abandonados por los socialdemócratas, si fue inevitable o no que las abandonaran, y si no fue inevitable, si fue prudente o no el abandonarlas; pero no deseo rehuir la cuestión como ahora se encuentra planteada: ¿significa alguna diferencia la socialdemocracia? Las interrogantes planteadas organizan el ensayo. Comienzo por ofrecer una historia estilizada de la “socialdemocracia”; des-

---

<sup>3</sup> Respecto del aprendizaje bayesiano en el caso de la normatividad, véase Meseguer Yebra, 1999.

pués caracterizo los sucesivos regímenes de políticas y analizo cómo cambian; finalmente, examino las opciones que tienen frente a sí los socialdemócratas en la actualidad.

#### UNA HISTORIA ESTILIZADA

#### EL REFORMISMO

El objetivo era claro en 1891: el socialismo, entendido como la propiedad pública de los medios de producción. Todo lo demás en lo que soñaban los socialistas llegaría por sí mismo una vez que los medios de producción hubiesen sido socializados: el progreso material llevaría a la satisfacción universal de las necesidades; las clases y sus conflictos desaparecerían; la cooperación se convertiría en el modo de vida social, y las guerras, los prejuicios, el alcoholismo y la prostitución se desvanecerían. No se trata de una caricatura, al menos no del SPD en el decenio de 1890. Sólo se necesitaba una revolución –la nacionalización de los medios de producción–, puesto que tal revolución resolvería todos los problemas de todo el mundo. La internacionalización del movimiento tenía un aspecto tanto finalista como estratégico: el socialismo era el objetivo de la humanidad y únicamente se podía alcanzar mediante la acción concertada de los trabajadores de todos los países.

La estrategia, no obstante, resultó controvertida desde el principio. La cuestión consistía en decidir si era necesario un acto de violencia. De acuerdo con cierto análisis, con el establecimiento del sufragio universal los socialistas ya no necesitaban piedras, sólo votos. Todo lo que se requería era aguardar a que la clase obrera aumentara inexorablemente en número hasta que los trabajadores se convirtieran en la mayoría numérica. Además, la competencia electoral basada en el sufragio generalizado ofreció a los socialistas la posibilidad de alcanzar objetivos parciales, intermedios. Si bien era cierto que la nacionalización de los medios de producción resolvería todos los problemas, también era posible resolver algunos de los más urgentes sin ella. En consecuencia, los socialdemócratas comenzaron a elaborar listas de demandas inmediatas, en-

tre las que destacaban la educación y la justicia. Conforme a otro análisis, sin embargo, la violencia era inevitable, porque la burguesía nunca consentiría pacíficamente en la expropiación: la revolución tenía que ser violenta, se quisiera o no, y por lo tanto, antes que participar en los juegos electorales burgueses, los socialistas debían prepararse para ella.

La primera guerra mundial tomó por sorpresa a los socialistas de cuatro maneras. En primer lugar, los trabajadores combatieron en contra de los trabajadores. En segundo, la revolución ocurrió en el menos esperado de los países, rápidamente se volvió violenta y siguió siendo represiva. En tercer lugar, la burguesía no sólo no se levantó en armas en contra del progreso electoral de los socialistas sino que, primero en Dinamarca, en 1916, y después en Suecia, Noruega, el Reino Unido y Francia, los socialistas fueron invitados ya fuera a formar gobiernos de minoría, o a unirse a coaliciones multipartidistas. En cuarto lugar, finalmente, habiendo crecido espectacularmente en 1914, el apoyo electoral de los socialistas se estancó sin lograr alcanzar la mayoría.

Las consecuencias de tales acontecimientos fueron profundas y provocaron una división que separó a los socialdemócratas de los comunistas. De esa división nació la “socialdemocracia”. Fue la tercera vía: ni comunismo ni capitalismo. Aunque Lenin exhortaba a los trabajadores húngaros afirmando que la democracia era sólo una forma de dictadura burguesa, hacia 1919, varios partidos socialdemócratas de Europa Occidental consideraban que podían alcanzar victorias electorales. Además, la separación de las sendas entre la Unión Soviética y Occidente aumentó el daño causado al internacionalismo en agosto de 1914. Las elecciones eran una institución nacional; los trabajadores tenían sentimientos nacionalistas; los llamamientos a la nación ganaban votos. El internacionalismo se convirtió en un llamamiento estratégico de la Unión Soviética, en un instrumento para penetrar los partidos de Europa Occidental.

Rechazando el ejemplo soviético mucho antes de que se conocieran las atrocidades generalizadas del régimen comunista, los socialdemócratas abrazaron resueltamente el camino democrático al socialismo. Ese camino llevaría al socialismo, todavía entendido en los términos de 1891: el único programa económico de los socialdemócratas era la nacionalización, pero no podían ponerlo

en práctica los partidos que no disfrutaran de la mayoría electoral; en consecuencia, cuando formaban gobiernos de minoría o tomaban parte en coaliciones, los socialdemócratas no sabían qué hacer. Por lo demás, la doble amenaza del comunismo y el fascismo llevó a una clara diferenciación del espacio de los problemas en dos dimensiones: la económica y la política.<sup>4</sup> Para defender la democracia, los socialdemócratas tenían que hacer concesiones en las cuestiones económicas.<sup>5</sup>

Incapacitados para poner en práctica su programa, los socialdemócratas hicieron lo que pudieron por sus votantes de la clase obrera. Específicamente, dadas las altas tasas de desempleo que caracterizaron el periodo de entreguerras, los socialdemócratas centraron su atención en dos criterios inmediatos para su acción: el empleo y la seguridad. Aun cuando favorecían a los trabajadores, tales medidas no eran nuevas: eran la continuación de la tradición de las reformas de Bismarck, Disraeli o Giolotti. Cuando se encontraban en el poder, los socialdemócratas se comportaban como los otros partidos: con cierta inclinación distributiva hacia sus electores, pero llenos de respeto por los principios dorados del presupuesto equilibrado, por las políticas deflacionarias en contra de la crisis, por el patrón oro, etcétera. En cuanto a la nacionalización, hacían lo que hacen los gobiernos con las cuestiones espinosas: formaban comisiones de estudio.

El movimiento seguía persiguiendo un objetivo, que era el socialismo, pero ese objetivo se relegaba a un futuro impreciso. El hecho de que los socialdemócratas abrazaran la democracia no fue sólo un compromiso para cumplir con sus reglas y defenderla en contra de sus enemigos, sino una restricción a las políticas que los partidos podrían buscar poner en práctica una vez en el poder. Sólo se podían llevar a cabo aquellas políticas que disfrutaran del apoyo de la mayoría y no amenazaran la democracia; el marcapasos democrático consideró

---

<sup>4</sup> El golpe de estado en Chile fue una importante lección para Italia, mientras que, después de 1977, la defensa de la democracia fue la principal preocupación de los socialdemócratas en España.

<sup>5</sup> Acerca de una argumentación en el sentido de que, conforme a ciertos supuestos plausibles relacionados con la distribución del ingreso, los partidos de izquierda moderarán sus pretensiones en la esfera económica cuando deban hacer frente a la competencia en un espacio bidimensional de los problemas, véase Roemer (en preparación).

que otros proyectos eran “prematurados”. Así, el reformismo fue una adaptación a las restricciones políticas, aun cuando estas últimas se las impusieran ellos mismos. No era posible alcanzar inmediatamente los objetivos últimos, pero se podía avanzar hacia ellos gradualmente. Y, puesto que cada reforma era un paso hacia delante, los pasos llevarían algún día a la realización de los objetivos últimos.

Para que la estrategia reformista pudiera funcionar habría sido necesario, en primer lugar, que las reformas hubiesen sido irreversibles; en segundo lugar, que hubiesen sido acumulativas y, en tercero, que todas hubiesen ido en la misma dirección. Los socialdemócratas comprendieron que algunas de las políticas que tenían que poner en práctica sólo servían para administrar la economía capitalista, pero otras políticas serían transformadoras. Ellos introducirían reformas una vez en el poder; si cometían errores, yendo mucho más lejos que el electorado, perderían, pero ello no constituiría un desastre, dado que los oponentes no las echarían para atrás; cuando ganaran otra vez incorporarían nuevas reformas y, consecuentemente, el proceso seguiría adelante, hasta que, en la alegoría de Jaurés, la línea invisible del Ecuador hubiese sido cruzada, lo cual reconocerían los marineros únicamente por el canto de las aves y la calidez de los vientos.

En consecuencia, aun cuando, una vez en el poder, los socialdemócratas pusieran en práctica políticas muy poco diferentes a las de sus oponentes burgueses, podrían afirmar que estaban conduciendo a la sociedad hacia un futuro diferente.

### *El remedialismo<sup>6</sup>*

Dado que el empleo y la igualdad pasaron a ser los objetivos, la nacionalización de los medios de producción ya no fue necesaria. La propiedad pública de algunos bancos, quizá del transporte o de algunas empresas estratégicas podría facilitar al gobierno el control de la economía, pero la nacionalización era tan

---

<sup>6</sup> El término fue acuñado por Robert Dahl.

sólo uno entre muchos instrumentos normativos, no una panacea. Se podrían controlar las economías capitalistas sin la propiedad estatal: sería posible evitar los ciclos comerciales o al menos atenuarlos y, con ellos, el desempleo; se podría corregir la distribución del ingreso y asegurarse en contra de la adversidad; ese fue el gran descubrimiento de los socialdemócratas, primero en Suecia en el decenio de 1930, y después en otras partes.

La reconciliación total de los socialdemócratas con el capitalismo llegó en el decenio de 1950. En el ámbito de la guerra fría, con la experiencia del fascismo, la nacionalización generalizada habría sido desestabilizadora en el plano político, y las economías capitalistas funcionaban bien en muchos aspectos; consecuentemente, la nacionalización de los medios de producción, el “socialismo” en el sentido marxista, era, en el mejor de los casos, innecesaria. El “socialismo” no era una especie de futuro ilusorio, sino, aquí y ahora, la oportunidad para todos de hacer realidad su potencial y la seguridad de que nadie quedase abandonado a la desventura.

Si los recursos productivos debían permanecer en manos privadas, ¿qué era lo propio del Estado? La respuesta, algo no específico para los socialdemócratas, era que, en muchos aspectos, la competencia era un mejor mecanismo de distribución que el control estatal; pero los mercados generaban problemas: en algunos campos no eran eficaces, padecían de ciclos, generaban desigualdad y exponían a la gente a diversos riesgos. La función de los gobiernos consistía en poner remedio a esas imperfecciones: mantener el empleo pleno, fomentar la inversión, suministrar bienes públicos, igualar las oportunidades y asegurar el bienestar social. La normatividad específica, basada en ocasiones en planes sistemáticos e innovadores, varió de un país a otro, pero la combinación de la propiedad privada, los mercados y el intervencionismo correctivo del Estado fue aceptada por casi todo el mundo, no sólo por los socialdemócratas.

El resultado fue un éxito espectacular. Las economías crecieron y el gasto social creció aún más rápidamente. Por primera vez en la historia había países donde casi todo el mundo gozaba de la seguridad básica. Los problemas tenían remedio.

## ¿La resignación?

La crisis de estancamiento con inflación de finales del decenio de 1970, profundizada por el repentino aumento de las tasas de interés en 1982, debilitó al “Estado benefactor keynesiano”.<sup>7</sup> El hecho de seguir adelante en la misma dirección –los “ajustes”– resultó ser un fracaso no sólo en el plano económico sino también en el electoral. Los socialdemócratas descubrieron que las restricciones –internas y externas– que enfrentaban sus economías eran mucho más agudas de lo que habían creído. Y con esas restricciones ya no podían esforzarse por alcanzar todos sus objetivos. Algo tenía que ceder.

La imaginación de los “nuevos socialdemócratas” está repleta de dilemas. Giddens, quien cree que “el debate político es dominado por la preocupación por la decadencia de los patrones morales, las crecientes divisiones entre ricos y pobres, las tensiones del Estado benefactor” (1998, p. 2), afirma que son cinco, pero otros análisis aún más serios hechos en todas partes encuentran “dilemas” o al menos “cesiones”. Iversen opina que el actual “dilema triple” que enfrenta la socialdemocracia escandinava, la más exitosa, consiste en “si quiere profundizar la división de clases mediante la aceptación de mayores desigualdades, o si quiere crear un grupo de personas marginadas, excluidas de toda participación en la economía”. Para parecer responsables, los gobiernos deben admitir que tienen que hacer concesiones, que existen compensaciones, y que si hacen frente a esas compensaciones, no pueden prometerlo “todo”. Existen problemas que no tienen remedio.

Enfrentados a la persistencia de muchos problemas antiguos y al surgimiento de otros nuevos, algunos socialdemócratas, si bien no todos de ninguna manera, trazan límites a las acciones del Estado. El Estado enfrenta restricciones de naturaleza macroeconómica: la irresponsabilidad fiscal provoca desastres en la economía recientemente mundial. El Estado debe seguir dando seguridades

---

<sup>7</sup> Varios lectores me han urgido a que explique por qué fracasó ese régimen normativo. Lo ignoro; existen muchísimas explicaciones plausibles, que pertenecen a tres categorías: 1) el “Estado benefactor keynesiano” fue víctima en varios sentidos de su propio éxito; 2) la regulación económica socialdemócrata no pudo resistir los choques exógenos, y 3) mala suerte.

a unos inversionistas muy sensibles, y dado que la inversión responde no sólo a los equilibrios sino también a las tasas de impuesto, la restricción ataca por el flanco del ingreso. Consecuentemente, la única manera de satisfacerla es manteniendo un férreo control del gasto.<sup>8</sup>

Este análisis económico va acompañado de un nuevo tono moral. El Estado no puede ser responsable de todo; los individuos deben cargar con la responsabilidad de su destino. Giddens (1998, p. 65) sugiere que “Un lema excelente para la nueva política es *ningún derecho sin responsabilidad*”. El Estado no puede ser responsable por todos. Puede y debe ayudar a aquellos que carecen de suerte, pero sólo si están dispuestos a ayudarse a sí mismos. Los desempleados deben buscar trabajo activamente; el garantizarles un ingreso los induciría a ser perezosos, lo cual es un “riesgo moral”, término de la teoría del juego transformado en pecado protestante.

El régimen normativo neoliberal favorece la mundialización y, al mismo tiempo, se resiste a sus efectos. El libre comercio, el libre movimiento de capitales, el libre flujo de las ideas son las banderas de los neoliberales; pero mientras que, hace muchos años, Paul Samuelson tuvo el valor de decir a los ejecutivos de la industria automotriz estadounidense que “tal vez Dios no quiso que los automóviles se produjeran únicamente en Detroit” (cito de memoria), cada gobierno defiende resueltamente a su país del ingreso de productos extranjeros baratos y otras consecuencias desagradables de la mundialización. En realidad, las pérdidas que sufrieron hace algunos años los países pobres debido al proteccionismo de los países miembros de la OCDE fue exactamente igual al flujo total de ayuda externa. La consigna parece ser “el internacionalismo para las exportaciones; la nación para las importaciones”. Y los nuevos socialdemócratas no están en desacuerdo; después de todo, “Las naciones son comunidades éticas, donde los interesados tienen con otros miembros obligaciones especia-

---

<sup>8</sup> González sigue diciendo en el pasaje citado que “la izquierda o la derecha en el poder difieren, sobre todo, en la mezcla de ingresos y gastos necesaria para alcanzar los resultados macroeconómicos, pero no en los resultados”; sin embargo, si es cierto que los impuestos reducen la inversión, como tienden a creer los socialdemócratas hoy en día, entonces está dando a la izquierda más libertad de acción de la que tiene. Otra cosa es que la afirmación de que los impuestos deprimen la inversión esté bien fundada; véase más adelante.

les que no siempre tienen con otros del exterior. Las naciones ofrecen un centro de autodeterminación: la nación debería desarrollar estructuras estatales que permitieran a los ciudadanos decidir por sí mismos los asuntos de importancia general” (Giddens, 1998, p. 131).

### *El análisis*

Evidentemente, si la juzgáramos en función de sus objetivos iniciales, llegaríamos a la conclusión de que la socialdemocracia ha sido un estrepitoso fracaso; pero por nostálgico que pueda uno ser respecto de los ideales de su juventud, no tiene sentido evaluar un movimiento basándose en los objetivos que tenía hace cien años. Dado que no quiero repetir lo que ya dije hace mucho (1985, 1991), permítaseme resumir mis conclusiones:

1) La participación en la política electoral era inevitable para todo movimiento que buscara que lo siguieran las masas. La única alternativa era una revolución de una minoría, que tenía que ser, y fue, extremadamente violenta.

2) Una vez que los socialistas aceptaron la restricción democrática, las políticas que podían poner en práctica dependían del apoyo que obtuvieran en el seno de las instituciones democráticas.<sup>9</sup> En vista de que, en contra de las extrapolaciones optimistas, los trabajadores nunca llegaron a ser la mayoría abrumadora de ningún electorado, los socialdemócratas no pudieron llevar a cabo su programa original de nacionalización generalizada.

La cuestión perenne es la siguiente: ¿qué estrategia es superior: la estrategia “reformista” de avanzar en cada ocasión únicamente hasta donde el electorado lo permita o la estrategia “radical” de exigir lo imposible (y enfrentar la derrota) para educar al electorado y esperar a que este último esté dispuesto a apoyar el programa completo para después ponerlo en práctica todo de un solo golpe? Esta, me parece, había sido siempre la alternativa de los socialdemó-

---

<sup>9</sup> En Noruega, en 1928, el gobierno laborista de minoría trató de poner en práctica un programa de nacionalizaciones. Duró tres días.

cratas. Optaron por la primera, y es muy probable que tuvieran razón: ningún movimiento de masas de la historia ha sobrevivido, a menos que aprovechara la oportunidad de mejorar las condiciones inmediatas de sus seguidores. Pero las cuestiones que entraña lo que es contrario a los hechos dejan siempre un resto de duda.

3) Quizá la decisión de abandonar la propiedad pública de los medios de producción no era inevitable, pero sí prudente. El modelo de economía operada bajo el control del Estado y de propiedad estatal no tuvo apoyo político en Europa Occidental, y a la luz de la teoría reciente sobre la “economía de la información”, habría sido un desastre económico. Sean cuales fueren los males sociales que puedan generar los mercados, su función informativa es de capital importancia para toda economía compleja (aun cuando tal vez no lo haya sido en la Unión Soviética de 1928, donde la planificación desde el punto de vista físico pudo ir muy lejos); sin embargo, aunque la distribución de la mayoría de los bienes a través de los mercados haya sido una decisión correcta, ello no significa que la única opción hubiese sido la economía propiedad de los inversionistas. Otras opciones eran la propiedad de los empleados, la propiedad de los ciudadanos o varias mezclas de esas tres (tres, admitiendo algunas empresas de propiedad estatal). Cada una de esas opciones enfrenta dificultades: *a)* una economía con empresas propiedad de los empleados puede no funcionar de manera diferente a la de propiedad de los inversionistas y, en realidad, podría generar menos empleos; *b)* una economía con empresas propiedad de los ciudadanos generaría una mejor distribución del ingreso y quizá menos males públicos (la propiedad esparcida significaría que los propietarios tendrían que interiorizar más factores externos), pero tendría problemas de supervisión; sin embargo, tales ideas no están completamente muertas: véase el reciente redescubrimiento de Stiglitz (1999b) sobre la “privatización del encargado de las apuestas”.

Ahora bien, el problema que enfrentaron los socialdemócratas cuando renunciaron al marxismo fue más profundo: ¿serían capaces de reemplazarlo con un nuevo proyecto de sociedad futura, una visión alternativa a la transformación socialista? Lo que estaba en juego era que los socialdemócratas podían de-

clarar, y lo hicieron, su compromiso con el empleo total, la igualdad y la justicia; pero el utilizar el empleo, la igualdad y la justicia como pautas no es lo mismo que luchar por una sociedad igualitaria o justa. Empleados como pautas, esos valores sirven para identificar los problemas corrientes, para elegir las políticas corrientes y para evaluar sus resultados; el verlos como objetivos significaría invocar la visión de una sociedad que no generaría desempleo, desigualdad o injusticia, para identificar los mecanismos que generan esos males y transformarlos. Sin un proyecto nuevo, sólo quedarían los remedios.

La socialdemocracia siempre ha abogado por extender la democracia del campo político al social, pero, aunque la democracia en el campo político era un valor autónomo para los socialdemócratas, se trataba sólo del primer paso. La igualdad de ingresos ganados con el trabajo o de oportunidades de vida –las distinciones vendrían después– era una característica definitoria de una sociedad socialista. En la visión marxista del futuro, la propiedad pública de los medios de producción era el instrumento para lograr la igualdad, por lo que, cuando la nacionalización resultó ser una mala idea, algo tenía que reemplazarla; pero ¿qué?

El repertorio de transformaciones socialistas no estaba vacío: la “abolición de la herencia”, la “propiedad social” (fondo de los asalariados), la “exención del trabajo pesado” (reducción del horario de trabajo), el “salario de los ciudadanos” (salario mínimo universal) se encontraban todavía entre sus instrumentos; sin embargo, con excepción de Suecia y, durante un breve periodo, de Francia, en los casos en que los socialistas salieron de los páramos de la política prometiéndolo “cambiar la vida”, el espíritu de los tiempos había sido resumido por la sentencia de Konrad Adenauer: “*keinen experimenten*”, “nada de experimentos”. Ninguna de esas ideas fue adoptada por los partidos socialistas y, quizá lo más importante, ninguna captó la imaginación del electorado. Aun en Suecia, donde el fondo de los asalariados fue apoyado por sindicatos muy poderosos, dicho fondo no obtuvo el apoyo de los votantes. El *virage* francés de 1983 desmoralizó aun los intentos más tímidos. En consecuencia, aunque las ideas transformadoras persisten dentro de los muros de la academia, el temor a que los votantes las vean como utópicas preocupa a los partidos socialdemócratas.

## ESTABILIDAD Y CAMBIO DE LOS REGÍMENES NORMATIVOS

Con estos antecedentes históricos podemos plantear de una manera más analítica las interrogantes relativas a la dinámica de los regímenes normativos. Específicamente, necesitamos identificar esos regímenes y analizar los mecanismos a través de los cuales persisten y cambian.

*Los regímenes normativos*

Los regímenes normativos son situaciones en las que los partidos principales, independientemente de su inclinación ideológica, plantean y ponen en práctica políticas similares. Si los votantes aprenden de la experiencia, entonces, después de unos cuantos periodos en los que se observan los resultados de una política en particular, desarrollan una visión clara respecto de ella; si creen que tal política es mejor que otras opciones que han experimentado, votan por ella. Los partidos políticos, a su vez, aun cuando tengan preferencias en cuanto a ciertas políticas, buscando ser elegidos convergen en la cuasi cierta posición del votante medio (respecto de los modelos sobre las votaciones, véase Roemer, en preparación). En consecuencia, el régimen normativo se sostiene.

A manera de referencia, resumo enseguida la descripción histórica de los regímenes normativos.

1) Hasta 1914, es decir, antes de que los socialistas llegaran al poder por primera vez, su programa estaba definido por el objetivo de establecer el socialismo, aun cuando varios partidos no fuesen adversos a lograr algunos objetivos inmediatos siempre que pudieran. Dado que, con excepción de Alexandre Millerand, quien de todos modos fue expulsado del SFIO, los socialistas nunca tuvieron el poder, tiene poco sentido hablar de las diferencias entre ellos y los gobiernos burgueses y, por ende, de los “regímenes normativos”. Obsérvese, no obstante, que el peligro de que los socialistas llegaran a ser como todos los otros partidos si participaban en el juego electoral, era el principal argumento de quienes se oponían a la participación, desde los anarquistas hasta Rosa Luxemburgo. Roberto Michels lo veía como inevitable.

2) Cuando los socialistas llegaron al poder como gobiernos de minoría o como miembros de coaliciones multipartidistas durante el periodo de entreguerras, siguieron la ortodoxia económica del momento, con cierta inclinación distributiva hacia sus electores. Se apegaron al objetivo del socialismo y, por ende, pudieron afirmar que dirigían a la sociedad hacia un futuro diferente, pero las políticas que pusieron en práctica mientras estuvieron en el poder no eran muy distintas de las de sus oponentes.

3) Con el surgimiento del keynesianismo (si eso fue lo que ocurrió), los socialdemócratas descubrieron que ya no necesitaban nacionalizarlo todo y que, lo que era más prestigioso, podían controlar la economía capitalista y poner remedio a los males sociales generados por los mercados. Esa política tuvo mucho éxito y fue adoptada, aunque en diversos grados, por otros partidos. La afirmación en el sentido de que los partidos no significan una diferencia fue generalizada y apasionada en los decenios de 1960 y 1970: “La clase trabajadora está perdida en la administración de sus bastiones imaginarios. Los camaradas disfrazados de notables se ocupan de los tiraderos municipales y las cafeterías escolares; o, ¿se trata de notables disfrazados de camaradas? Ya no lo sé” (Konopnicki, 1979, p. 53).

4) Con la llegada del neoliberalismo, los socialdemócratas se encontraron a la defensiva. Sus reacciones variaron de la aceptación de las restricciones fiscales –mientras seguían buscando políticas que remediaran los males sociales–, a la entusiasta adaptación de las recetas neoliberales. En cualquier caso, los regímenes normativos están convergiendo una vez más, esta vez en la derecha. Y una vez más, la percepción de que las opciones que enfrentan todos los gobiernos están estrechamente circunscritas y de que todos tienen que seguir políticas similares, es generalizada; como lo son las voces que afirman que la mundialización priva a los votantes nacionales de la capacidad de adoptar cualesquier decisiones políticas significativas.

Esos regímenes normativos sucesivos difieren principalmente en tres dimensiones: las formas de propiedad, los instrumentos para hacer frente al desempleo y los convenios económicos internacionales.

Aunque hasta el decenio de 1930 los socialdemócratas abogaron por la nacionalización de los medios de producción, no fueron capaces de poner en

práctica ese programa mientras estuvieron en el poder. Y dado que la idea era un anatema para los partidos burgueses, no se llevó a cabo ninguna nacionalización (con excepción de la creación de compañías municipales). Entre 1936 y 1984 varios bancos e industrias fueron nacionalizados en cierto número de países, tanto por los gobiernos socialdemócratas como por los burgueses, pero la nacionalización era más una cuestión de accidente histórico que de preferencias partidistas. Suecia tenía la proporción más baja de empresas estatales entre los países industrializados, mientras que en Austria e Italia el enorme sector público era un legado postfascista. A partir de 1982, no obstante, ocurrieron privatizaciones en casi todos los países donde el gobierno tenía algo que vender. Por otra parte, no ocurrió ninguna nacionalización, salvo en el caso de los Estados que asumían la cartera vencida de la banca privada.

La segunda dimensión se relaciona con el empleo y el desempleo. También en este caso, hasta el decenio de 1930 se consideraba que los movimientos cíclicos de las economías obedecían a leyes naturales. Los gobiernos podían proteger el ingreso, pero no contrarrestar los ciclos. Los socialdemócratas suecos perdieron el poder dos veces en el decenio de 1920 por la cuestión de la compensación del desempleo, pero la única diferencia entre la política de la izquierda y la de la derecha era si se compensaba o no al desempleado. Al menos desde la segunda guerra mundial los gobiernos de todas las tendencias ideológicas se comprometieron con el objetivo del “empleo total”: con grandes fanfarrias, la OCDE hacía público un plan para el empleo total cada cinco años. Los planes evolucionaban, pero los instrumentos fundamentales eran keynesianos: inflar la economía para hacer frente a un alto desempleo, con las obras públicas como la herramienta más efectiva. Esa política fue abandonada casi universalmente<sup>10</sup> sobre la base de que la estimulación de la demanda aumenta la inflación, sin tener ningún efecto en el empleo.

La tercera dimensión en la que los regímenes normativos experimentaron cambios profundos fue en el comercio y en los convenios sobre el tipo de cambio. Esta, no obstante, es una historia más compleja, por lo que no ahondaré en ella.

---

<sup>10</sup> Con excepción, durante la era de Reagan, de Estados Unidos, donde fue una consecuencia no deliberada de un gobierno dividido.

Por otra parte, las diferencias respecto de las políticas de bienestar social eran mucho más pronunciadas.<sup>11</sup> La red de protección social fue establecida gradualmente y por diversas sendas: los socialcristianos se dedicaban a proteger el bienestar material tanto como los socialdemócratas, mientras que algunos gobiernos burgueses de otras ideologías la establecieron con el propósito de frustrar la amenaza revolucionaria. Y no ha sido desmantelada. Ni siquiera Margaret Thatcher tuvo éxito.

### *Innovaciones normativas*

La principal innovación normativa de los socialdemócratas fue la idea misma de que es posible regular las economías capitalistas y corregir los efectos de los mercados, lo que en la actualidad se denomina como “el Estado benefactor keynesiano”. A su vez, la principal innovación de los neoliberales fue la afirmación de que las instituciones comerciales bien diseñadas elevan al máximo, espontáneamente, el bienestar de la sociedad, con tan sólo una mínima intervención de la normatividad.

Las razones para cada una de las dos innovaciones se apoyaron en un plan teórico. Desde *The Class Struggle*, de Karl Kautsky, hasta el último capítulo de la *General Theory*, de Keynes, pasando por *Free to Loose* de Friedman y el “Washington Consensus”, de Williamson, cada uno de los regímenes normativos elaboró una argumentación basada en teorías económicas contemporáneas.

Ahora bien, aunque haya ideas nuevas disponibles, explicar los cambios de los regímenes normativos es difícil. Las innovaciones normativas pueden ocurrir de dos maneras: ya sea que algún partido gane una elección ofreciendo la política antigua y después sorprenda a los votantes cambiando a una nueva, o que un partido haga campaña y gane una elección proponiendo una nueva política y la ponga en práctica una vez en el poder. Me concentraré en el segundo caso. La interrogante, entonces, consiste en saber si un partido que ofrecie-

---

<sup>11</sup> Una vez más, con excepción quizá de Estados Unidos, que es *sui generis*, pues nunca ha tenido un partido socialdemócrata importante.

ra una nueva política sería electo y la pondría en práctica con éxito, y de ocurrir todo ello, en qué condiciones.

Las conclusiones de mi razonamiento (Przeworski, 1999) son las siguientes: 1) Existen circunstancias en las que un partido que propusiera una nueva política sería electo y la llevaría a cabo con éxito; 2) Ello ocurriría si se diera una combinación de condiciones en particular, específicamente: a) que el partido esté convencido de que la nueva política es mejor que la antigua, b) que los votantes creen que la antigua política no es muy buena, c) que los votantes creen que el partido se preocupa por estar en el poder, antes que por poner en práctica la nueva política por sí misma, y d) que la nueva política no corra con mala suerte cuando esté siendo puesta en práctica.

Las convicciones intuitivas que sustentan este razonamiento son las siguientes: cuando los votantes no saben qué pensar respecto de una nueva política consideran la propuesta de un partido de hacer algo nuevo como una señal de que ese partido sabe algo que ellos (y el otro partido) no saben, siempre y cuando piensen que el partido que ofrece la nueva política es responsable y piensa que el *statu quo* no es bueno. A menos que el partido innovador carezca de suerte, los votantes se inclinarán por esa política una vez más. Y obsérvese que si en el pasado el partido innovador puso en práctica o propuso la misma política que el otro partido, los votantes tenderán a creer que ese partido es responsable y que se desvía de la antigua política porque realmente cree que la nueva política es mejor.

Las elecciones de Margaret Thatcher y Ronald Reagan también concuerdan con este patrón (aun cuando Margaret Thatcher haya asumido el poder por primera vez sin haber sido electa, mientras que el cambio político en Estados Unidos comenzó en 1978, a mediados del periodo de Jimmy Carter); ambos creían que las políticas neoliberales eran mejores y abogaron por ellas en las elecciones, mientras los votantes estaban experimentando una inflación de dos dígitos sin ningún crecimiento;<sup>12</sup> además, Reagan tuvo la buena fortuna de con-

---

<sup>12</sup> Por lo demás, como argumenta Kalyvas, la opinión pública británica se volvió en contra de las nacionalizaciones porque el gobierno laborista entró en la crisis del petróleo.

tar con un Congreso que mantuvo el gasto a la alza, mientras que Thatcher ganó popularidad debido a la guerra de las islas Falkland-Malvinas.

De manera más general, los regímenes normativos cambiaron en medio de crisis económicas cuando los votantes creían que las políticas antiguas no funcionaban bien. Los partidos que propusieron y aplicaron innovaciones normativas creían que las nuevas políticas serían mejores, y sus creencias estaban fundadas en las ideas de los economistas. La buena suerte ayudó a persuadir a los votantes de que las nuevas políticas eran efectivas.

### *Las perspectivas de los socialdemócratas*

¿Es posible en la actualidad una innovación normativa encabezada por los socialdemócratas o es inevitable que éstos se conviertan en “social-liberales” en el futuro previsible? Mi punto de vista es el siguiente: 1) Existe una gran libertad de maniobra para la innovación normativa, porque las restricciones que paralizan a los socialdemócratas no son tan fuertes como ellos tienen la tendencia a creer; 2) el encanto inicial de los votantes con el neoliberalismo está languideciendo ante el desempleo persistentemente alto en algunos países y las crecientes disparidades de salarios en otros; 3) el proponer una nueva política es una apuesta arriesgada, porque su éxito depende en cierta medida de la buena suerte. Me concentraré en el primer punto, relativo a los pretendidos dilemas.

La primera creencia que motiva al actual régimen normativo neoliberal es que el Estado es “demasiado grande” (Rabello, 1991). Tal creencia tiene dos versiones: una es la afirmación teórica en el sentido de que un Estado grande es malo para la eficacia económica, mientras que otra es la afirmación empírica de que el Estado grande atemoriza a los inversionistas. La primera es, en gran medida, tan sólo una fantasía ideológica, aun cuando en ocasiones se le adorne matemáticamente. El Estado puede ser demasiado grande, esto nadie lo pone en tela de juicio, pero ello no implica que lo sea en todas partes. Las siguientes conclusiones son congruentes, creo, con el estado actual de la teoría económica: *a)* existe un equilibrio en el que hay desempleo, debido ya sea a una oferta insuficiente, ya sea a una demanda insuficiente; *b)* el Estado debería producir (o financiar) insumos productivos que no sean producidos por el

mercado y que resulten complementarios del capital privado; *c)* existen situaciones en que los subsidios del Estado fomentan el crecimiento; *d)* los mercados de seguros privados nunca son eficientes en presencia de riesgos diferenciados: los esquemas de seguros obligatorios universales en los que las categorías de bajo riesgo subsidian a las de alto riesgo dominan los mercados mediante pautas de eficacia, aun en presencia de riesgos morales.

Consecuentemente, *1)* la demanda debería restringirse en ocasiones y, en otras, expandirse; *2)* cierto papel productivo del Estado es óptimo para el crecimiento,<sup>13</sup> y *3)* algunos esquemas de seguros universales obligatorios son óptimos para el bienestar común. Dado que en los tres aspectos la solución óptima es interna, el Estado puede ser demasiado grande o demasiado pequeño en las condiciones de cada caso en particular; pero un programa indiscriminado de reducción del Estado es tan sólo dogmatismo de derecha.

La afirmación empírica de que un Estado grande atemoriza a los inversionistas es más complicada. En una economía cerrada se supone que los impuestos al ingreso reducen la inversión. Casi todos los economistas creen eso, aun cuando Stiglitz (1999b) haya argumentado recientemente que los impuestos corrientes pueden pronosticar tasas de interés futuras más bajas y, en realidad, estimulan la inversión.

Como “el Niño”, la mundialización es un don de Dios para todos los gobiernos.<sup>14</sup> Ello se debe a que es externa, omnipresente e inexorable. Cualesquier éxitos que los gobiernos logren pueden atribuirlos a sus sabias acciones; cualesquier fracasos que tengan, pueden explicarlos de manera residual. Parece no haber político que no proclame que la mundialización circunscribe estrechamente su margen de maniobra. Dado que todo el conjunto de problemas es un lío conceptual y la investigación sería al respecto es aún escasa, el resumir el estado actual de los conocimientos resulta arriesgado; no obstante, creo que las que siguen son las mejores opiniones que uno puede sostener por el

<sup>13</sup> La estimación que hace Barro (1990) del tamaño óptimo del gasto público productivo es sorprendentemente alta, alrededor del 25 por ciento del PIB; Cheibub y Przeworski (1997) descubrieron que el Estado es demasiado pequeño en la mayoría de los países conforme al criterio de igualar los productos secundarios de los sectores público y privado.

<sup>14</sup> La analogía se debe a Peter Lange (1998).

momento: 1) en su mayoría, los efectos que se atribuyen a la mundialización se deben, muchos de ellos, a los avances tecnológicos<sup>15</sup> 2) el margen de maniobra y las diferencias normativas reales han disminuido al menos ligeramente durante los últimos treinta años en los países de la OCDE (Clark, 1998; Garrett, 1998; Swank, 1999);<sup>16</sup> 3) el efecto de los “fundamentos” económicos en el flujo de capitales es de difícil determinación; específicamente con respecto a los flujos de capital y sus consecuencias para la inversión y el tipo de cambio: a) los gobiernos siempre se han visto restringidos por las reacciones de los inversionistas privados a sus políticas; de todos modos, la mayor parte de la inversión se financia internamente y, cuando mucho, la mundialización tiene un efecto de acrecentamiento; b) las reacciones a los choques externos no las determina únicamente la naturaleza de los choques, aun cuando la mayoría de los gobiernos considere que es inevitable; para citar a Stiglitz (1999a) una vez más, está lejos de ser evidente el que el aumento de las tasas de interés internas sea la mejor respuesta a los flujos especulativos en contra de una moneda; las instituciones políticas y económicas nacionales compensan los efectos de los choques externos; c) los flujos de capital están sujetos a múltiples equilibrios (“manchas solares”) y la cuestión de que sean provocados por los fundamentos económicos sigue estando a discusión. Obsérvese que no estoy argumentando que la volatilidad de los flujos de capital carezca de costos ni que el comercio abierto carezca de efectos sobre la distribución del ingreso, sino tan sólo que hasta ahora simplemente no sabemos cómo funciona la “mundialización”. Por el momento, parece ser, sobre todo, una cortina de humo.

Con todo, algunas restricciones son internas; y dos de ellas se relacionan con el Estado benefactor. La primera es que, tal como se desarrolló en los países de la OCDE, el Estado benefactor se basó en el supuesto de una estructura

<sup>15</sup> En los países menos desarrollados, por ejemplo, todo el mundo parece creer que están perdiendo empleos debido al ingreso de exportaciones baratas de las economías desarrolladas tecnológicamente, mientras que en los países industrializados todo el mundo parece creer que están perdiendo empleos debido al ingreso de exportaciones baratas de los países con mano de obra barata. Evidentemente, sin un cambio tecnológico general, algo en lo anterior no concuerda.

<sup>16</sup> Las generalizaciones son endeble, puesto que los resultados dependen del grado de detalle con que se examine y de los métodos con que uno derive sus conclusiones.

demográfica y familiar en particular. Cuando esa estructura cambió –y lo hizo drásticamente–, las políticas de bienestar puestas en práctica resultaron simplemente poco adecuadas para las sociedades avanzadas contemporáneas (Esping-Anderson, 1999). Además, al tener que hacer frente a los cambios demográficos y al aumento del desempleo, el Estado benefactor sufre una aguda tensión fiscal. La segunda restricción es política: los individuos estaban dispuestos a apoyar los esquemas de seguro obligatorio universales cuando muchos de ellos enfrentaban los mismos riesgos, pero a medida que los riesgos se hacían más diferenciados (o que los individuos aprendían más respecto de ellos, se vieron más inclinados a optar por los esquemas de seguro privados.

Finalmente, para poner en práctica sus programas, los partidos deben ganar las elecciones; por lo tanto, deben prever quién apoyaría sus programas. El análisis de las clases en el sentido marxista –la clase definida en relación con la propiedad de los medios de producción– arroja poca luz sobre las sociedades contemporáneas. Evidentemente, se puede pensar en las clases desde un punto de vista diferente, pero, aunque el análisis de las clases pudiera elucidar los patrones de votación –el ingreso, la educación y la ocupación siguen siendo buenos índices de la orientación partidaria–, carece de importancia para entender quién gana las elecciones. El poder de la clase es inframarginal, mientras que la competencia política tiene lugar en el margen. En la mayoría de los países la diferencia entre el apoyo electoral a los partidos socialdemócratas y burgueses más grandes (o entre las coaliciones de izquierda y de derecha) sigue siendo muy reducida. En consecuencia, los pequeños cambios de las votaciones en el margen, amplificadas por la desproporcionalidad de los sistemas electorales, cambian el control partidista. Y ello implica que, en la medida en que puedan identificarlos, los partidos deben competir por los mismos votantes.

Hasta aquí en lo que respecta a las restricciones. Me encuentro lejos de estar seguro de que sean exactamente lo que he afirmado que son: en lo que respecta a la mundialización, en particular, es difícil de afirmar; pero muchos de los “dilemas” parecen ser sólo excusas: la famosa “gran compensación” entre la eficacia y la igualdad no es ninguna compensación en absoluto si los pobres no pueden educar a su prole talentosa (o, en general, si padecen restriccio-

nes de crédito);<sup>17</sup> el “dilema triple” de Iversen se desvanecería si la oferta de capacidad se emparejara con su demanda; la restricción fiscal de González se podría aliviar mediante las reformas administrativas que redujeran el costo de la prestación de los servicios sociales (Bresser Pereira, 1998); de los cinco “dilemas” de Giddens, en fin, ninguno lo es en un sentido lógico del término.

Los problemas que Thatcher y Reagan identificaron son reales, pero sus soluciones son deficientes, mientras que la vieja izquierda se aferra a una visión del mundo pasada de moda. Por lo tanto, los nuevos socialdemócratas, no responsables por el pasado, estamos mejor preparados para el nuevo mundo que los neoliberales. Se trata básicamente de una estrategia que acepta las creencias de los votantes tal cual son y se adapta a esas creencias, mientras reivindica la afirmación política en una competencia más alta, en la honestidad, la compasión o lo que sea que el caso requiera. La estrategia alternativa consiste en decir a los votantes que se equivocan, que han sido engañados por los neoliberales, que los problemas y las restricciones no son lo que los votantes creen, que es posible poner en práctica políticas diferentes y que esas políticas serán exitosas.

Obviamente, la segunda estrategia es mucho más riesgosa. Si los socialdemócratas se sitúan cerca de las políticas de los neoliberales, tienen buenas probabilidades de que cualquier accidente menor provoque su victoria electoral. Si una vez en el poder ponen en práctica las políticas de los neoliberales con un éxito moderado, los votantes no podrán poner al día sus creencias y seguirán votando por ellas hasta que ocurra un nuevo accidente; pero si los socialdemócratas tratan de persuadir a los votantes educados por los neoliberales de que están equivocados, habrá una larga distancia entre las políticas de los partidos. Si están en la oposición, los socialdemócratas pueden seguir perdiendo; si están en el gobierno y ponen en práctica políticas impopulares en el momento, pueden ser vencidos, a menos que lo hagan particularmente bien. En el pasado hubo periodos en que los socialdemócratas corrieron el riesgo y tuvieron suerte; Suecia en 1932 es el principal ejemplo; pero también la tuvieron la res-

---

<sup>17</sup> Véase la ya copiosa literatura que demuestra que la desigualdad en el ingreso es mala para el crecimiento económico.

puesta expansionista de Bruno Kreisky a la recesión de 1975 (Guger) y, aunque tal vez más tímidamente, la actual política de creación de empleos del gobierno de Lionel Jospin; pero esas políticas fracasaron muchas veces, ya sea bajo François Mitterrand, quien tuvo la mala suerte de que la economía mundial no respondiera a tiempo (Lordon), ya sea bajo el PASOK, en Grecia, antes de 1985 (Tsakolotos).

El éxito de la segunda estrategia requiere de ideas innovadoras, del valor de la convicción y de buena suerte. Tal combinación ha sido históricamente rara, lo cual es la razón por la que los regímenes normativos duran decenios y cambian con poca frecuencia. Todo lo que puedo decir es que, si este razonamiento es correcto, entonces la calidad de las ideas y el valor para ponerlas en práctica son importantes.

#### CONCLUSIONES

Lo que importa no es que los gobiernos socialdemócratas y los burgueses busquen poner en práctica políticas similares o no. Si algunas políticas son mejores que otras, si los diferentes partidos comparten la idea de las restricciones y si los votantes aprenden de la experiencia, entonces, la mayor parte del tiempo, los partidos de diferentes ideologías seguirán políticas similares. Aun cuando los partidos tengan puntos ideales diferentes en el espacio de los resultados, tendrán puntos ideales próximos en el espacio de las políticas si los políticos creen que tienen que hacer compensaciones entre los objetivos. Las políticas divergen cuando hay líderes que encuentran métodos para superar las compensaciones verdaderas o liberan su imaginación de las ilusorias. Convergen cuando se acumula la experiencia con las nuevas políticas. Lo que importa es cuál es el régimen normativo que predomina en el pensamiento de todo el mundo: quién dirige y quién sigue.

Si este análisis es correcto, entonces el desencanto periódico con la democracia –la percepción generalizada de que las elecciones no tienen ninguna importancia– no sólo es justificado sino que está mal dirigido. Es justificado porque la mayor parte del tiempo nadie, ni los votantes ni los políticos, conoce algo mejor qué hacer; pero hay momentos en que el futuro está en manos de los votantes.

Permítaseme terminar con una salvedad. El centro de mi análisis fue la política económica, pero creo que ha existido una diferencia persistente entre la socialdemocracia y la derecha, a saber: que esta última ha sido tradicionalmente autoritaria, en realidad más estatista que los socialdemócratas en la esfera política. Incluso en la actualidad, a pesar de toda la palabrería respecto de la reducción del Estado, la principal política social de los neoliberales de Estados Unidos consiste en construir más prisiones. En consecuencia, considero que el lenguaje de los “nuevos socialdemócratas” –deterioro de los valores morales, fortalecimiento de la familia, crimen– es realmente nuevo. Y ominoso. ❧

#### BIBLIOGRAFÍA

- Brandt, Willy, Bruno Kreisky y Olof Palme, *La social-démocratie et l'avenir*, Gallimard, Paris, 1976.
- Bresser Pereira, Luiz Carlos, *Reforma do estado para a cidadania*, ENAP, Brasilia, 1998.
- Esping-Anderson, Gosta, *Social Foundations of Postindustrial Economies*, The Oxford University Press, Oxford, 1999.
- Garrett, Geoffrey, *Partisan Politics in a Global Economy*, The Cambridge University Press, New York, 1998.
- Giddens, Anthony, *The Third Way. The Renewal of Social Democracy*, Polity Press, Cambridge, 1998.
- Guger, Alois, *Economic Policy and Social Democracy: The Austrian Experience*, 1998.
- Heckman, James J., “Sample Selection Bias as a Specification Error”, *Econometrica* 47, 1979, pp. 153-161.
- , “The Macroeconomic Evaluation of Social Programs and Economic Institutions”, en *Chung-Hua Series of Lectures by Invited Eminent Economists*, 14, The Institute of Economics, Academia Sinica, Taipei, 1988.
- Iversen, Torben, *The Choices for Scandinavian Social Democracy in Comparative Perspective* S.E.S.F.
- Konopnicki, Guy, *Vive le centenaire du P.C.F.*, CERF, Paris, 1979.
- Lordon, Frédéric, *The Logic and Limits of Désinflation Compétitive*, 1998.
- Meseguer Yebra, Covadonga, “Bayesian Learning about Policies”, ms., Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, Instituto Juan March, Madrid, 1999.

- Przeworski, Adam, *Capitalism and Social Democracy*, The Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
- , *Democracy and the Markets*, The Cambridge University Press, New York, 1991.
- Quiggin, John, *Social Democracy and Market Reform in Australia and New Zealand*, 1998.
- Rabello, Sergio, "Long-Run Policy Analysis and Long-Run Growth", *Journal of Economic Perspectives*, 99, 1991, pp. 500-521.
- Roemer, John E., *Political Competition*, The Oxford University Press, Oxford, en preparación.
- Swank, Duane, "'Funding the Welfare State' Revisited: Globalization and Taxation in Advanced Capitalist Economies", ms., Department of Political Science, Marquette University, Milwaukee, 1998.
- Stiglitz, Joseph A., "Economic Theory, Economic Policy, and Economic Advice", *Annual Bank Conference on Development Economics*, The World Bank, Washington, D.C., 1999a.
- , "Economic Reforms in Retrospect", *The Web* 1999b.
- Stokes, Susan C., "What Do Policy Switches Tell Us about Democracy?", en Bernard Manin, Adam Przeworski y Susan C. Stokes (coords.), *Democracy, Accountability, and Representation*, The Cambridge University Press, New York, 1999.
- Vartiainen, Juhana, *Understanding Swedish Democracy: Victim of Success?*, 1998.
- Weil-Raynal, Etienne, "Les obstacles économiques à l'expérience Blum", *La Revue Socialiste* 98, 1956.